

Valente: de la contemplación de la muerte

Antonio Gamoneda

José Ángel Valente es el primer poeta español que, después de la guerra civil, entiende que la articulación histórico-crítica de la poesía en grupos con rasgos comunes es una trampa, dado que la individualidad va a sufrir ese supuesto de comunidad como una limitación. La poesía es una aventura subjetiva; se proyecta en un marco histórico y colectivo pero se hace real en la soledad.

Este decidido desprendimiento de una falsa matriz es causa, desplazando todo gregarismo, de que el curso generativo de la poesía de Valente resulte insólito (y por ello cuestionado en el postizo marco generacional), obligando a considerarlo en su peculiaridad aislada, si bien cabe contemplar afinidades –y diferencias– con la peculiaridad aislada de otros grandes poetas, contemporáneos o no, europeos o no. Al tiempo, habrá que observar la evolución de su actitud referida al plano existencial, en paralelismo con una radicalización –en sus tensiones, en su pureza– del que, para entendernos, llamaremos pensamiento poético. Sólo para entendernos, porque este pensamiento, como experiencia y como cauce de conocimiento, excede las nociones del pensamiento vinculado a los juicios comunes, a la investigación o a los sistemas. Es un pensamiento que se origina precisamente en la disolución de la normativa común del pensar. Es pensamiento en la proximidad de lo invisible; en un olvido que es apertura total de la memoria; en un espacio en el que las presencias, las desapariciones y las apariciones son realidad *en* el símbolo, y el símbolo no remite a otras realidades, sino que *las tiene consigo* en el cuerpo verbal, en un *espesor* que hace sensibles, físicas, incluso las «sustancias de espíritu».

A mí, por causas que quizá tienen que ver con afinidades, me interesa traer aquí un aspecto «final» de la poesía de Valente: el que concierne a la contemplación de la muerte. Antes, creo que debo hacer algunos avisos.

Qué duda cabe: Valente vive en una comunicación derivada de circunstancias tan obvias como puede ser la de compartir planeta y estar en el tejido temporal y cultural mismo del *Tao-Te-King*, del Cristo, del sufismo y del quietismo, de Juan de Yepes y del *Zohar*, por ejemplo. Con estas men-

ciones no pretendo agotar las marcas ideológicas que puedan recaer en la conciencia de Valente –que otras muchas acudirán a ella– sino, muy al contrario, expresar mi convicción de que Valente no se encuentra con estos saberes para crear un «programa» articulando claves y contenidos y, a partir de tal programa, hacer poesía. No. Lo que sucede es que Valente vive en una *tradición* amplia –planetaria y multitemporal– en la que encuentra experiencias fraternas. En una palabra: quien llega a ser tocado por la incandescencia de los límites, quien se siente en la cercanía de lo invisible (y esto puede ocurrirle también –quizá es mi caso– a un pertinaz materialista), confraternizará con otros implicados en experiencias equivalentes. Pues dicho sea una vez más: la experiencia poética de Valente es una experiencia *en los límites*.

En éstos, una ineludible dialéctica propone la asunción de lo incomprendible: la oscuridad última es la luz; el olvido es la totalización blanca de la memoria; el vacío es la forma última de la plenitud; el espíritu está en el extremo de la locura celular o en el éxtasis cuya elevación se ha iniciado en el sexo. (Se me ocurre recordar aquí que la mandorla es una representación genital, simultáneamente cristológica y cosmovisionaria).

Puesto en esta línea y pensando en los dos últimos libros de Valente (la antología titulada *El fulgor* aparte), tengo algo que decir de la perfección del olvido, de la felicidad vacía de la muerte, del corte ontológico que (dicho sea en una perspectiva realista y verificable) pone miedo y dolor en los mecanismos existenciales.

«Quizá estabas muerto. Quizá yo estaba muerto. Y de ahí la inmovilidad y la luz». Esto ha escrito José Ángel Valente desde el sufrimiento: «inmovilidad y luz». Advertir esto desde el miedo y el dolor es –una vez más y siempre– experiencia de límites. Temible don de la poesía. Este exceso, confiado a una sensibilidad aún sangrienta, a las llagas y la debilidad de un viviente, hace que me resulten triviales las distintas nociones –de inclinación escolástica casi todas ellas– de la trascendencia. Inmovilidad y luz ahí mismo, en el expirar, en el extremo de lo inmanente. Percepción de algo no menor que la eternidad, aunque no sea (¿o sí?) eternidad.

Lo más fuerte de esta circunstancia (sea a causa del amor o a causa de la muerte) es que la aventura mística se desarrolla y soporta *aquí*, porque el allende no es más que «inmovilidad y luz»; inmovilidad y luz que *pesan* en el viviente de tal forma que ya no hay distinción entre el espanto y la felicidad, como no la hay entre los extremos de la oscuridad y la luz.

Estas ocurrencias –las más–, que algo quieren decir a propósito de los filos de la existencia –de los filos que hienden lo invisible–, quieren decir

también que la poesía de Valente, pura y temible, abocada a la mística (a una mística de la inmanencia, según entiende el materialista que yo pretendo ser) y, por ello, apenas soportable, es, en su belleza, indiscernible de la crueldad como ésta lo es del amor.

De gran poeta, pero también de viviente tembloroso en su interior sangriento, son las articulaciones de significado que, a veces, nos propone. Por ejemplo en *Nadie*, libro de publicación aún cercana, en el que aparece el siguiente poema:

Si después de morir nos levantamos, / si después de morir / vengo hacia ti como venía antes / y si hay algo en mí que tú no reconoces / porque no soy el mismo, / qué dolor el morir, saber que nunca / alcanzaré los bordes / del ser que fuiste para mí tan dentro / de mí mismo, / si tú eras yo y entero me invadías / por qué tan ciega ahora esta frontera, / tan aciago este muro de palabras / súbitamente heladas / cuando más te requiero, / te digo ven y a veces / todavía me miras con ternura / nacida sólo del recuerdo. / Qué dolor el morir, llegar a ti, besarte / desesperadamente / y sentir que el espejo / no refleja mi rostro / ni sientes tú, / a quien tanto he amado, / mi anhelante presencia.

O en el mismo libro, páginas más adelante:

Tú duermes en tu noche sumergido. Estás en paz. Yo arañeo las heladas paredes de tu ausencia, los muros no agrietados por el tiempo que no puede durar bajo tus párpados. Ceniza tú. Yo sangre. Leve hoja tu voz. Pétreo este canto. Tú ya no eres ni siquiera tú. Yo, tu vacío. Memoria yo de ti, tenue, lejano, que no podrás ya nunca recordarme.

Por esta contradicción, por este «no saber», por este «ser indiferente a la exigencia del sentido prefijado» (en estos entrecomillados estoy citando a Valente), su poesía es más exacta, pura y extremada. Por ello hay que valorar –y querer– a Valente frente a la desidia crítica y la incompreensión tendenciosa de algunos nuevos «garbanceros» (salvada sea la memoria de Galdós) que destacan por su torpeza entre los minirrealistas del momento. Y por ello yo, dentro de unos pliegos que se quieren significativos, me dejo llevar por un impulso afectivo (derivado quizá de algunas afinidades, como decía antes) y cierro mi página con algo parecido a un homenaje. Se trata de un viejo texto poemático que escribí pensando en otro «camarada mortal» (en este entrecomillado me cito a mí mismo), pero yo estaba equivocado limitando la dedicación; el texto adquiere su sentido en un *nosotros* que, en modo principal, incluye a Valente.

Sábana negra en la misericordia: / tu lengua en un idioma ensangrentado. // Sábana aún en la sustancia enferma, / la que llora en tu boca y en la mía / y atravesando dulcemente llagas / ata mis huesos a tus huesos humanos. // No mueras más en mí. Sal de mi lengua. // Dame tu mano para entrar en la nieve.

